



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 27

Salamanca, 15 Septiembre de 1916

Año III

LA NATIVIDAD DE MARIA



ANTE la cuna que meció la infancia de María hemos de considerar: 1.º los designios de Dios sobre ella; 2.º la correspondencia de María a esos designios.

Dios en sus eternos designios quiso comunicar a la que había de ser su madre los tres atributos que le adornan a El: la santidad, la gloria y el poder.

Ni el ángel ni el hombre son perfectos ante Dios. Ahora bien, ha creado a María la más santa de las vírgenes: *Gratia plena*, y a esta «plenitud de gracia» corresponde María con una plenitud de «circunspección.» Siempre activa, poco habladora, sobria en sus comidas, retraída y huyendo de la sociedad y trato de las gentes para entregarse por completo a su Dios.

Creada para ser la más gloriosa de las madres, a la «plenitud de gloria» corresponde con una plenitud de «humildad.» Así respon-



de al Ángel de la Anunciación: *Ecce ancilla Domini*. Y en el *Magnificat*, el Espíritu Santo la celebra: *Exaltavit humiles*.

Dotada de un poder superior al de todas las criaturas, como lo prueban su poder en Nazareth sobre su Hijo, el Hijo de Dios, su maternidad divina y su santidad, a la «plenitud de poder» corresponde con una «plenitud de caridad;» y así, va a visitar y servir a su prima Isabel, obtiene el milagro de Caná. Más tarde, instruye a los Apóstoles en el Cenáculo, y desde el cielo, interponiendo constantemente los saludables efectos de la Cruz del Calvario, nos ayuda a salvarnos.

Y en el himno de loores que todas las generaciones de la historia vienen entonando a María para cantar su poder, nada tan conmovedor como el testimonio de los convertidos, de esos hombres célebres en el mundo por su saber y quizá por sus desórdenes, que volviendo al seno de la Iglesia, celebran en acentos vibrantes de sinceridad las glorias de Aquella que con transportes de consuelo llaman a boca llena Madre y Refugio de pecadores.

Si inquirimos el proceso psicológico del arrepentimiento de esas almas, veremos que de todas se eleva un himno triunfal a María, cuya mirada les ha encantado y cuya dulce ternura ha conmovido los más recónditos abismos de su corazón.

Admirablemente lo expresa uno de esos recientemente convertidos, cantando así: «Todo me sonrío: la tierra está alegre, sereno está el cielo, la mar se halla en calma, arriba fulguran radiantes los astros, abajo los campos se llenan de galas y el inmenso Océano se mece brillante con orlas de espuma y reflejos de plata, llevando y trayendo, de un mundo a otro mundo, amor en sus ondas de verde esperanza.

Todo me sonrío: reina en mí la calma, pues la que yo adoro, la Virgen María, también sé que me ama. Venero a una Virgen que ostenta en su rostro, por ojos, dos astros que alumbran y abrasan; ojos doloridos que piedad inspiran; ojos de paloma que perdón predicen; ojos maternales que al mirar suspiran, y tiernos ojos que al mirar bendicen; ojos que abrasan mi cuerpo y luz dan al alma: ...»

Abrid, por ejemplo, las obras de Huysmans (muerto el 12 de Mayo de 1907), y no hallaréis más que efusiones encantadoras de su corazón ante la Virgen Inmaculada. Su nombre bendito cae en todas sus cartas de su pluma nerviosa, «complaciéndose en colocarse como niño dormido en los brazos de la Madre divina.» Notable es su obra titulada *Foules de Lourdes*. Entre los himnos de su fe reconocida con que ensalza a la Virgen, mezcla invectivas descon-

certantes con que fustiga, ruda, pero francamente, a los incrédulos que no quieren rendirse a los milagros de María.

Francis Jammes nos cuenta su conversión en la *Revue de la Jeuneuse*: Yo era como un niño travieso que presa del vértigo ha caído en un río profundo y que ve aparecer ante sí en la orilla un ramo salvador, el ramo que la Virgen tendió amorosa a la niña que se ahogaba en las aguas de Betharram.

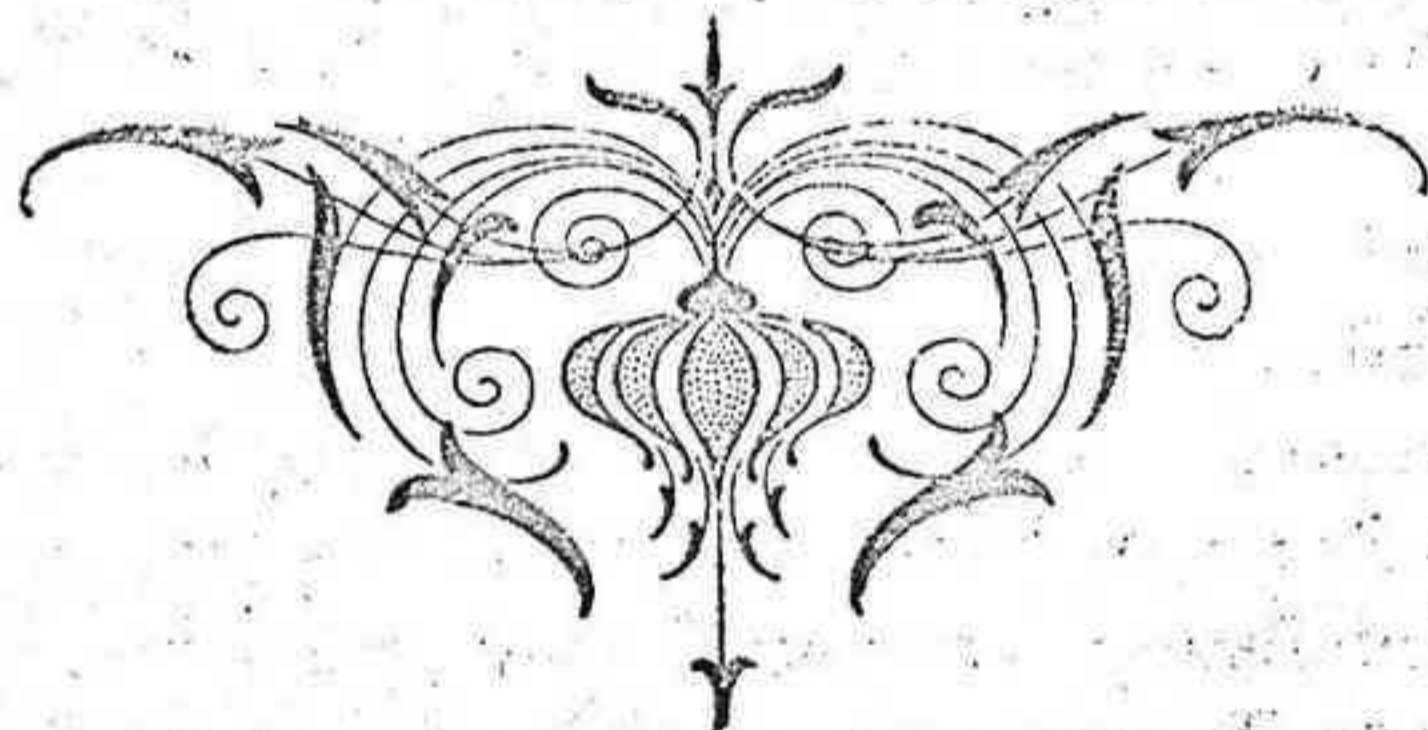
«Para que la fe penetre en nuestras almas, añade el convertido alemán Doctor von Ruville, es necesario purificarse y santificarse, es indispensable que la fe en Jesucristo entre por la devoción a la Virgen Nuestra Señora, y el querer prescindir del culto a María disipa y destruye la fe verdadera. Para hallarla, nada más eficaz que dirigir su mirada a las alturas de Sión, desde donde esa Luna celestial, sobre las almas que vacilantes en la obscuridad del error y del vicio buscan el sendero que conduce a los esplendores de la verdad eterna, proyecta copiosamente una claridad luminosa que prenuncia resurrecciones futuras, como la estrella de la mañana preludia las magnificencias de la vida que trae el sol naciente. María ilumina, María atrae, María avasalla, y las almas que la miran se transforman por la pureza de los ojos de esa Reina de la hermosura, y al contacto de su belleza esos nuevos pródigos sienten que su espíritu se conmueve y que el *Magnificat* se les sube a los labios.» ¿Quién dijera que estas palabras, desbordantes de sinceridad, de vida y de piedad, no son de un creyente nutrido desde su infancia con las verdades de la fe católica, sino que son de un convertido, de un obrero llegado a última hora a trabajar en el campo de la Iglesia?

Adolfo Ratté, al referir su conversión, nos propone la confianza con que se acercaba a la Virgen a implorar algunos rayos de luz que le descubriesen a Jesús: «Algo hay en mí que me fuerza a acudir a Vos, Señora, a quien yo hasta aquí no había invocado y a quien veo que los fieles acuden en todas sus necesidades; si es verdad que sois la Medianera todopoderosa, rogad a vuestro Hijo que me manifieste lo que yo debo hacer.» Y cuenta que al pronunciar esas palabras cayó inconscientemente de rodillas y sintió que comenzaba una nueva vida, experimentando sobrehumanos alientos para seguir el camino de la salvación, fija siempre la mirada en la Estrella celestial.

Así cantan los convertidos las misericordias de la ilustre Hija de Joaquín y Ana, sus prerrogativas sublimes. Y esas voces son monumentos preciosos de la apologética, testimonio elocuente a favor

del culto universal tributado a María por todas las almas que viven de la fe y de la verdad. Son voces que hablan a nuestro corazón y despiertan nuestro entusiasmo por la celestial Madre; son voces que hablan a nuestra inteligencia y nos convencen más y más de la poderosa intervención de María en la vida y en la historia de las almas. Himnos de victoria, cantos a la verdad y pruebas vivientes de apologética Mariana.

A.





AMBIENTE RELIGIOSO

(DEL LIBRO «SALAMANCA». — GUÍA SENTIMENTAL QUE APARECERÁ EN BREVE)



Si tú, lector, eres — *rara avis in terra nostra* — de los que no creen que la religión consiste en grandes concurrencias y vanas exterioridades, sino que sientes el encanto del silencio y del retiro en la vida espiritual, yo te invito a que aspire el ambiente de alguna hora y algún día, de los que todavía conservan su carácter en Salamanca.

La madrugada del Viernes Santo. Hay que visitar los sagrarios en los Conventos de monjas: las Ursulas, las Dueñas, las Claras, las Bernardas. Por esas calles típicas de la Compañía, de Palomino, plaza de los Basilio, Hospital viejo, plazuela de San Román, afueras de Santo Tomás, van recorriendo las estaciones mujeres enlutadas, silenciosas, de los pueblos comarcanos, que han venido a la Semana Santa, y señoras de la ciudad que escogen esa hora para visitar las Iglesias, sin ver, ni ser vistas; algún hombre — *rara avis* — como tú, y como yo, lector amigo. Muy poca gente. Muy hermoso. ¡Qué miseria humana, que haya tantas cosas buenas a las que estorba la gente!

La madrugada, las calles retiradas y silenciosas, la luz de un amanecer triste de Viernes Santo... es la hora religiosa.

Pues ahora, te invito, lector, a un anochecer. Es la noche de las ánimas. Hay que visitar la Casa de los Ovalles. Aquella casa grande y desbaratada, de la que habían tenido que salir unos estudiantes, que la habitaban, para que se hospedasen en ella dos monjas: María del Sacramento y Teresa de Jesús. Era la noche de

ánimas del año 1570. Como el doblar de las campanas, ayudaba a ello, la monja de más edad, María del Sacramento tuvo miedo, y aun llegó a infundírsele algo a la más animosa, Teresa de Jesús, «pues no había de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole, que como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella». ¿Quién había de decirle a aquella miedosa María del Sacramento, que cuarenta años más tarde uno de aquellos estudiantes, D. Juan Moriz pidiera, como Obispo de Barbastro, la Beatificación de Santa Teresa: «porque ha cuarenta años—escribía—que estando yo estudiando en la Universidad de Salamanca, salí de la casa donde vivía, para que entrase en ella a fundar un monasterio de monjas».

Con estos recuerdos de otros tiempos más sentimentales, partes, lector, de la casa de Santa Teresa, y por la misma calle de su nombre, pasando por la casa de las Muertes, te diriges al atrio de la Catedral, y escuchas allí, un rato, aquel doblar de las campanas, como un salmo funeral, que baja de las altas torres, y va, entonando el ambiente de la noche de ánimas por los campanarios de los otros templos de la ciudad, que contestan a su vez, como si fuera el eco, con toques a muerto, ya menos musicales, menos artistas que los de la Iglesia Mayor.

Para terminar la excursión, bajas por la calle del Tostado, pasas el puentecillo de Santo Domingo, y por la calle de D. Francisco Montejo, el vencedor de Yucatán, llegas al Monasterio de las Bernardas. Atraviesas un corral solitario con un pozo en medio, y entras en la iglesia. Las religiosas del Cister, de elegante hábito blanco, rezan en el coro. Un par de velas lucen en el altar, y un túmulo sencillo en el centro del templo da el carácter funeral al ambiente. El sacristán, esperando la hora del cierre, se ha sorprendido un poco al llegar un visitante a aquella Iglesia apartada. De buena gana le dirías que se marchase, que vas a estar allí un rato más—*bonum est nos hic esse*—, que tú cerrarás la Iglesia y le entregarás las llaves en su casa, que está en seguida a la orilla del corral de entrada a Monasterio.

— — —

Hay otro día y otra hora de especial ambiente. Es el 2 de Agosto. El día de la *Porciúncula*, día franciscano, de aquel amable santo que predicó a los pájaros, y al hermano lobo le dijo: «bien sé que es por hambre por lo que tú has hecho tanto mal...»

Es en pleno sol, a las tres de la tarde de un día de verano, en

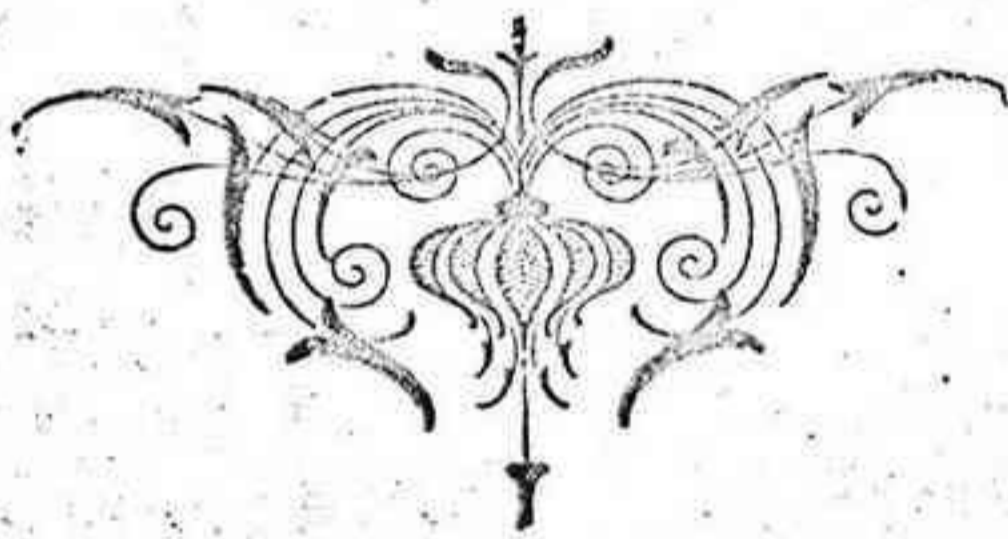
Salamanca. La luz natural no estorba al sentimiento religioso. En la plazuela de San Román está el Convento de las Claras, cuya fundación hizo la piadosa dama D.^a Urraca, el año 1240.

Todos los años, tal día y a tal hora, en aquella iglesia solitaria, entraba y salía siete veces una señora, de modestísimo porte, de mirar inteligente y bondadoso, de un raro continente de dignidad. Recorría las estaciones para el jubileo de la Porciúncula, ella sola, en aquella iglesia única, apartada, recogida, sin ser vista de nadie.

Yo—lector—no me hagas caso ninguno, pero cuando veo entrar y salir para ganar el Jubileo, un hormiguero de gentes, en las iglesias concurridas y céntricas, creo que no hay Jubileo tan religioso, tan franciscano, como aquel que rezaba una señora sola, en una tarde calurosa de verano, en la iglesia excéntrica de las Claras.

¡Perdóneme la excentricidad!... ¡Aquella señora era mi madre!

Juan DOMÍNGUEZ BERRUETA.





A la Natividad de Nuestra Señora

Niña de Dios, por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte que la frente
En soberbia maldad endurecida,
Quebrantásteis de la infernal serpiente.
Trono de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues vos fuísteis el medio conveniente
Que redujo a pacífica concordia
De Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
En vos, Virgen Santísima, y con gusto
En dulce beso de la paz se han dado,
Arra y señal del venidero agosto.
Del claro amanecer del sol sagrado
Sois la primera Aurora, sois del justo
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que *ab aeterno* fuistes
Llamada desde el cielo sois la Esposa
Que al sacro Verbo limpia carne distes,
Por quien de Adán la culpa fué dichosa;
Sois el brazo de Dios que detuvistes
De Abraham la cuchilla rigorosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos distes el mansísimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
Puesto en sazón, por quien el alma espera
Cambiar en ropa rozagante el luto
Que la gran culpa le vistió primera
De aquel inmenso y general tributo
La pagá conveniente y verdadera
En vos se ha de fraguar; creced, Señora,
Que sois universal remediadora.

Miguel DE CERVANTES SAAVEDRA.

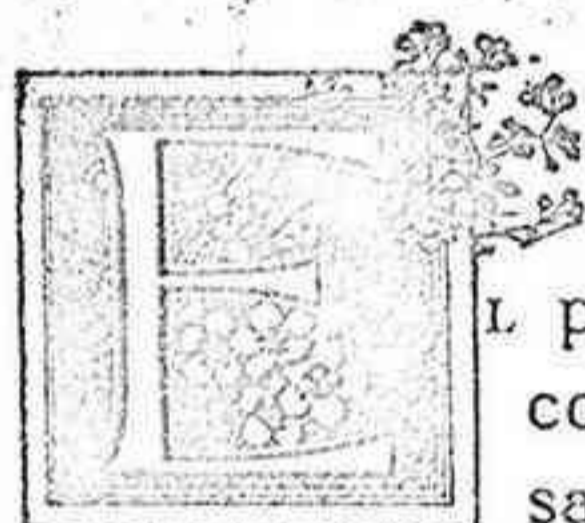


NUESTRA SEÑORA DE LA VEGA, PATRONA DE SALAMANCA



GLOSA TERESIANA

LAS DOS CORDERAS



La parte había llegado muy poco antes del atardecer y, como de costumbre, en la duda de ser, o no, necesaria allí su presencia, Santa Teresa se puso en camino: que la gloria de Dios y sus recientes fundaciones, perenne y dulce obsesión de su espíritu, hubieran sacudido, caso de existir, la acidia más pertinaz y resistente. Sin pérdida de momento requirió una compañera de jornada, con quien poco después salía por el puente romano, cuando ya, tímidas y como por entre celajes, aparecían en el firmamento las primeras, escasas estrellas, hadas amables, a falta de luna, de caminantes y romeros. Por un buen espacio no pareció la Madre muy dispuesta a la charla, al igual que en otras correrías: una que otra palabra, alguna observación pronta, genial, de esas que tanto gustaban sus religiosas, y vuelta al mutismo. No pareció de buen augurio a la joven compañera esta desacostumbrada actitud de la Santa: esta circunstancia, la noche que iba cerrando demás y el hallarse ya en franco camino real solitario, en que se oían tan marcados los tiempos de sus leves pisadas y hasta se hubiera podido oír la respiración contenida de las dos monjas, comenzó a levantar fantasmas en la imaginación de la joven. Por tímida y muy para poco la tenían sus hermanas de há-

bito y compañeras; pero dentro de clausura, en torno a las vírgenes del santuario, hay siempre una legión de angelitos que las amparan y defienden con sus alas doradas. ¿Quién, por lo menos iba a convencer a aquella criatura de que todo eso es no más que un ensueño infinitamente distante de la realidad? Ya en descampado, hacía la arrimadiza, a las vueltas, sobre todo, del camino, en que tal cual alondra remontaba su vuelo en la obscuridad, interrumpiendo el sueño al paso de las viajeras. Notábalo la Santa y holgábase muy mucho del sobresalto de Sor María, recordando los que ella misma había sentido cuando niña o adolescente, muy bien percata-da de que los años van poco a poco ahuyentando el miedo, porque cierto, ¿qué miedo puede tener y temores abrigar el alma que lleva a Dios? Pero sí; ¡a la monjita aquella con reflexiones de esta índole! Y si no era una alondra, era un avechuchu nocturno que dejaba el hueco de las encinas próximas, viniendo casi a rozar las tocas con sus enormes alas, agrandadas aún más por las sombras de la noche. Sombras que, ciertamente, no impedían que las encinas las proyectasen cada vez mayores en la imaginación de la joven religiosa. En el convento habíanle dicho—y no había razón de dudarlo—que las dehesas y montes al paso para Alba eran de buenas perspectivas, muy pobladas de alquerías y pastores que hormiguan por las majadas del contorno; pero ni forma de albergue humano se veía, ni la presencia de un solo hombre se notaba. Si tantos eran por aquellas cercanías, natural parecía que se oyese el ruido peculiar de los rebaños, o las tonadas cadenciosas, tan ponderadas, de prima noche de los zagales. La Madre, por de contado, no parecía estar preocupada por estos pensamientos; iba, sin duda, sondeando alguna idea, hasta dar con la solución más aceptable: que en tales casos contaba la Santa con un martillito mágico, de oro, para golpear, tanteándolas, en las situaciones ambiguas. Y a todo esto, enhiesta la grácil cabeza, escudriñando el horizonte obscuro; mirando a lo alto (que hacia allí, de abajo arriba, sienten presión las almas superiores y escogidas, a la inversa de los muchos que nos inclinamos hacia el suelo, doblándonos a la pesadumbre de nuestros pensamientos terrenales). Pero tan pensativa como poco habladora, limitándose a contestaciones cortas, que no eran las que en otras ocasiones daba, salpicadas de facilidad y donosura. Y aquí el ir y venir de los pensamientos de Sor María: era un acarreo incessante, atroz: la designación de su persona para acompañar a la Madre, la noche con su obscuridad, imponente aún para los ánimos mejor templados, la soledad del campo, el silencio, eran circuns-

tancias que abatían el espíritu de la joven con el sofoco de una pesadilla, haciéndola a veces estremecerse en todo su cuerpo, de pies a cabeza, como si tuviera azogue. Estos sentimientos estaban justificados: ¿no era la primera a quien había la Santa leído el interior y el estado de su conciencia como libro abierto! ¡Y pensar que ella misma podía ser la causa de esta desusada reserva en la Madre! Frecuentemente tuvo a la punta de la lengua el interrogante que le diera la solución de aquel enigma, pero, asimismo, se lo tragó, temiendo fuera salirse de los términos que impone la discreción y, más que todo, palpar la realidad de sus sospechas. El silencio, por lo demás en la Madre era tanto más de extrañar, cuanto que pasaba plaza de hábil y excelente conversadora: en medio del ajetreo y acción incesante a que sometía su imaginación con los constantes desvelos y cuidados de sus fundaciones, éranle muy peculiares la viveza y flexibilidad en amoldarse a las más varias situaciones contestando con gracia y donaire singular a las personas con quienes conversaba: que las pláticas con Dios también afinan y agudizan los atisbos de la fantasía. El cambio franco y discreto en la conversación, expresiones sueltas, el silencio, a veces, seguido del calor infuso que acompaña a la mímica oportuna, la visión penetrante y certera, que atina a socabar en las capas y hondos pliegues del espíritu estirándose allende los términos de lo común: todas estas prendas daban a la persona de la Santa un realce bien notable, al que no era dado substraerse, conociéndola y tratándola, así fueran sus inocentes monjitas, o personajes linajudos y de cuenta, como si Dios, para más humanizar la santidad, se hubiera complacido en poner en las dotes y prendas tan relevantes de Teresa de Jesús el encanto perenne de la charla amena. Por fin, cuando ya habían andado un gran trecho, la Madre, más que con palabras que fueron escasas, con los ademanes indicó a su acompañante una breve pausa; pues que así se hallaban ya de fatigadas, que muy bien podrían sentar a sus asendereados pies un corto descanso.

El paraje era cubierto y agreste, en verdad: a los dos lados del camino que seguían las viandantes se elevaban dos tesos con sus escarpes desiguales dando cara a la vía. No obstante lo quebrado y pobre del suelo, en el desnivel de sus pequeñas ondulaciones se veían los más corpulentos robles, las encinas más robustas, debido quizás a que esas ondulaciones, mejor que las alturas y quebradas, guardan amorosamente el tempero durante la mayor parte del año. A entrambas veras del camino alzábase un pequeño repecho, donde se acomodaron nuestras religiosas.

—Váisme a decir ahora, hermana, qué era de esa mariposilla que revoloteaba y se agitaba tan inquieta y loca alrededor de vuestros pensamientos, atajó la Madre, sin dar tiempo a que la compañera formulase ninguna pregunta ni aprontara tema de conversación.

—La contestación de Sor María no se hizo esperar, pues, antes que monja, había sido bachillera: la mariposa es blanca; vuela, se agita, torna y retorna, mas nada hay que temer de ella; pues sabe la buena Madre que no tiene aguijón que punce y sus idas y vueltas son por entre flores y luz.

—Menos cuando vuelan por las tinieblas, contestó la Santa, como los gusanos de luz que bullen y saltan entre las ramas de aquella encina ¿los véis?

—¿Y si no fueran gusanos de luz, y sí fogatas de pastores?

—No es esta sazón y hora para tales fogatas, que sestear en estos parajes sí, pero majadear, no suelen, sino en el estío. ¿Y qué otra mariposa, hija, rondaba el laberinto de los pensamientos de su Caridad? Blanca o no, bueno será me lo confiéis, que hablando, hablando se aligeran los pasos y los pesares.

—¿Pesares decís, Madre? ¿Cómo puede acaecer...?

—Hija mía, húbolos en el vergel del Paraíso, plantado por la mano de Dios para la primera mujer, nacida de la masa pura aderezada por la Divina Sabiduría ¿y no ha de haber quebrantos, y no han de brotar espinas en este terreno doblado y abrupto de la mujer flaca, sujeto a todas las inclemencias y furias de los elementos?

—¿Y era eso lo que tan suspensa tenía a la buena Madre? Que, a decir verdad, bien juzgaba yo que alguna palabra indiscreta hubiese enojado...

—No, no os inquiete nada de eso; pensaba..., sí, pensaba... la loca de la casa que no atina a saber en qué pensaba...

La verdad es que la Santa se vió harto estrechada por la pregunta de Sor María, y debió pensar cosas que no osó decir, por ejemplo, que más de lo que puede contestar una mujer madura y discreta puede preguntar una joven de pocos años y menos juicio, que una chicuela puede, a solas preguntas, envolver a una pitonisa de Delfos. Pero determinada como estaba la Madre a no poner la llaga al descubierto, sino por sus pasos contados, como con gran cautela y tiento levantan el vendaje los cirujanos hábiles, no era cosa de cantar claro y decir lo que tanto la abstraía en aquella ocasión. No era, sin embargo, Santa Teresa mujer que se ahogaba en un dedal de agua; así que, pasados unos instantes, muy presto se

rehizo y, sonriendo amable a su compañera, continuó: iba, pues, pensando, hija mía, en las dos corderas... pensaba que en un bando de palomas la que se desmanda, presto su rumbo pierde, y es caza del alcotán. Hoja seca y suelta del árbol de esta vida (que poco más es que caducidad y vana apariencia) es la mujer, y suele ser llevada de su imaginación a los mayores extremos, si la misericordia de Dios no la acoge en su blando seno. ¡Y si sólo fueran los delirios vanos de la imaginación enferma! Pero ¡ah! también las blanduras con que nos brinda el mundo y los halagos de la carne suelen cuartejar la fortaleza de la morada interior. Tal acaeció a Sor Rosalía, hija; fuese a la soledad de nuestra vida guiada no más que por el destello fugaz de un fervor nacido con ocasión de una desgracia y desengaño: lo demás ello se ha venido encima por sus pasos contados, y contra las trazas de Dios, que siempre van certeras y en derecha, no hay sino bajar la cabeza. Se exclaustra de su grado y después de tentar cuantas pruebas caben en la prudencia humana y ¿cómo vamos a estrechar las ligaduras que amenazan con romperse de un momento a otro? No gusto de extremar las consideraciones a las que dejan la vida de perfección: harto lo llorarán ellas cuando vean al ojo la ocasión tan aparente que han perdido para escalar la santidad. La invitación del Esposo a las bodas es general, nadie queda excluida; mas es condición precisa asistir ataviada con las vestiduras nupciales. Sor Rosalía entendía bien en achaques de holandas y brocados y preseas, de lo que hacía gran caudal; pero bien se ve que no son éstos los atavíos de los divinos desposorios, en los que la unión es más estrecha y amorosa, cuanto está más desprovista de toda esa máquina de vanidades, que allá se queden con los mundanos y no es bien que pasen del zaguán de los monasterios.

Oyendo esto Sor María, sintió como encogérsele el corazón: que no eran frecuentes en la Santa estas retahilas tan en serio sin ceder algún tanto a la blandura, de que parecía hacer gala. Ella, que había fundado conventos sobre pie de observancia muy estricta y los había gobernado con inimitable discreción y suavidad no se había mezclado en la toma de hábito de la Girón, Sor Rosalía, y aunque tenía vislumbres de no ir el asunto por el mejor camino, nada había dicho, no obstante, por no desautorizar a las personas que habían intervenido en el negocio. Disgustábase, sin embargo, de estos casos en sus fundaciones, ella que las miraba con deleite y orgullo, como el agricultor ve satisfecho acrecerse los

ricos colmenares en la heredad, o las vides abundosas de sus majuelos, cuando apenas pueden con la muchedumbre de nuevos pámpanos cargados con racimos en flor.

Y así hablando y paso a paso llegaban ya nuestras dos monjas a la primera calle de Alba de Tormes, muy avanzada la noche y sin que se percibiera en la villa otro ruido que algún ladrido de los perros vigilantes, o los primeros cantos de los gallos, que con sus notas desacordes despedíanse de la noche saludando al día que se avecinaba. La calle por que transitaban, aun en medio de la obscuridad, ofrecía notable contraste en sus viviendas. Formábanla por la izquierda una hilera de casas de humilde e irregular estructura, que, tanto como estaban distantes de las leyes de la simetría, se acercaban a las más rígidas e inexcusables de la necesidad de ir ganando palmo a palmo terreno a la margen del río. Las del lado opuesto veíanse con arreglo a líneas y gusto de la época, y algunas bien declaraban por su aspecto y proporciones haber sido construidas con holgura, a base, quizás, de las bien saneadas rentas de alguna infanzonía próxima.

De pronto Sor María lanzó una exclamación y se detuvo como petrificada: después del tropiezo inesperado, un sonido que tanto podía ser una tos contenida, como el ronquido bronco de un beodo hizo a la joven retroceder y estremecerse de terror, como si hubiera pisado un cadáver. El sobresalto de la compañera hizo sonreír a la Santa, poniendo en su sonrisa un dejo de conmiseración y de honda pena por ver la imagen de Dios tan malparada en aquella guisa. A plena luz de sol hubiérase podido distinguir una extraña contracción o mohín en la sonrisa de la Fundadora, desusado en ella, que de ordinario reía a pulmón henchido y con sus pupilas fijas en el azul del cielo. No temáis, hija, que el hombre a quien tal ha parado su exceso no es más temible que un embeleco imaginario de niñas. Luego, como hablando consigo misma, continuó la Santa; es maravilla ver ricos y poderosos a los nietos de los que amasaron sus riquezas y poder con el sudor del desvalido. Sin dar tiempo a más, asió de aquel tronco (que tal parecía) y lo arrastró suavemente hacia el dintel de una puerta próxima, ayudada en ese menester por Sor María. A una llamada apenas perceptible y ya conocida, salieron de aquel techo humilde y se hicieron cargo de infeliz con vivas demostraciones de gratitud hacia el ángel que se alejaba en dirección del convento y que tantas lágrimas había enjugado y tantas heridas restañado en el seno de aquella familia. La religiosa acompañante seguía a la Santa Madre, no sin volver de

LA LEYENDA DEL AMOR EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA Universidad de los teólogos ergotistas, de los magníficos y estirados jurisconsultos, de los soñadores astrólogos y pacientísimos escritores, tiene su leyenda de amor.

No es la leyenda de sus arriscados escolares, los bizarros mozos de toda España que bulleron en sus claustros.

Ésto, escrita en letras de oro, vive en las obras clásicas del teatro español y en la novela picaresca.

En la suntuosa fábrica de las *Escuelas mayores*, al lado de los emblemas pontificios, que son sus armas y su ejecutoria, donde el Renacimiento labró la eterna tiranía del Amor.

¿*Quis evadet?* ¿Quién se escapará del Amor?...

He aquí, lector, cómo lo expresó el anónimo artista. Fijémonos en el primer paño de este friso del Claustro alto de la Universidad. A todo lo largo de él se multiplican los símbolos con cintas de palabras latinas y griegas que encubren pensamientos de nuestros humanistas del siglo xv.

Este primer relieve expresa el pensamiento en las dos escenas que aparecen, separadas por un saliente vertical, enmarcadas ambas por las palabras latinas que se ven en esta fotografía.

En primer término se lee "*Quis evadet?*", que podemos traducir «¿Quién se escapará?» A continuación una representación plástica: un amorcillo dispara su arco y la flecha hiere un cielo de estrellas. Dos grupos de veste y dignidad dife-

rentes contemplan el prodigio del rapaz. El pensamiento hasta ahora aparece evidente, como claro es su origen humanístico; «el Amor hiere a las mismas estrellas».

En la segunda escena parece darse una contestación o réplica de la primera. El propio amorcillo con su escudero presenta a un Rey sentado en su trono un estandarte en el que se lee esta palabra: «*nemo*», *nadie se escapará del amor*. Pero si hasta aquí el símbolo gráfico y plástico es clarísimo, las palabras finales encierran el enigma "*nemo vel duo*". ¿Qué quieren decir estas palabras? ¿*Nadie o dos?* ¿Cómo negando en universal *nemo*, pueden sustraerse dos al imperio del Amor?

Después de más de cuatro siglos, miles de escolares y turistas habrán querido hallar el significado del enigma. No trato, pues, de dar la solución exacta, pero sí es invención, a lo que creo, de algún humanista de la época podría explicarse, estudiando el uso sintáctico de *vel*. Esta partícula, por razones que no son del caso, puede significar *ni siquiera* y ejemplos hay en el latín clásico. En este caso podíamos interpretar el enigma: «Nadie se escapará del Amor, ni siquiera estos dos que son de piedra, el Rey y el escudero». Agreguemos, por si pudiera ser el arcaico, que en los libros de cuentas de la Universidad, figura una cuenta de cuatro mil maravedís, que se pagaron el año 1475 a *Abraym moro*, por lo que había labrado en las obras de las Escuelas mayores.

Y acaso, acaso, el maestro Oliva que, según recientes investigaciones era habilísimo dibujante, pudo intervenir en la composición de los emblemas del claustro.

Por esta misma época se cantaba en Salamanca este villancico del músico y poeta Juan del Encina:

Ninguno cierre las puertas
si Amor viniere a llamar,
que no le ha de aprovechar.

En la Salamanca del Renacimiento, en la ciudad donde se escribió la *Celestina*, esta leyenda del claustro de la Universidad famosa, es un nuevo testimonio del humanismo salmantino. Con las doctas enseñanzas de los graves maestros, bebieron los estudiantes de antaño las frescas aguas de la poesía clásica griega y latina. Esta poesía, que los hizo soñadores, arriscados, bizarros y que en sus almas prendiese el espíritu de aventura.

No solamente venían los estudiantes a *saber a Salamanca*, según el viejo adagio; venían a bañar su espíritu en la apacibilidad del vivir de esta ciudad que enhechiza, como dijo Cervantes...

Y bajo las alamedas del Tormes, a la caída de la tarde, se recrearían con la prosa del *Diálogo de la dignidad del hombre*, del humanista y artista maestro Fernán Pérez de Oliva y con los versos maduros del Horacio español.

Antonio GARCÍA BOIZA.



«Hasta donde alcanza el muro»

Relieve del claustro alto de la Universidad de Salamanca. Fines del siglo XII a comienzos del XIII

cuando en cuando su vista atrás, pareciéndole seguir oyendo el extraño ronquido de antes e increíble el haber tenido arrestos y decisión para echar mano al beodó y acercarlo a la puerta. Pocos instantes después entraban las dos religiosas en el convento de Alba de Tormes, que, o mucho nos equivocamos, o era, con el de Avila, la niñeta de los ojos de Teresa de Jesús.

El capítulo muy luego se congregó a la mañana siguiente y, expuesto el caso por la Madre Priora de Alba, no tardó en recaer sobre él la resolución esperada. Constábanles ya al cierto y desde tiempo hacía las normas de la Madre, que antes quería ver morir los monasterios de hambre que de relajación, como que las brechas que abre el acuciamiento de la necesidad suele cerrarlas de bien a bien la esperanza en la pródiga misericordia divina, que no deja sin el necesario sustento ni a lasavecillas del aire. La Fundadora, por de contado, apoyó tal resolución, que tenía prevista de fecha muy anterior, y la aprobó con tanto mayor motivo cuanto que el convento pudiera correr el riesgo de ahogarse en la protección de los Girón. De más a más, que el lustre del linaje de esa familia no debió ser nunca parte para que a Rosalía se le franquearan las puertas del observantísimo convento de Alba: así la habían oído a la Madre, del mismo modo que estas memorables palabras que causaron la más viva impresión en el capítulo: aún tenemos que hacer gracias a Dios por vernos libres del valimiento de los nobles. ¡Las trazas de los santos han seguido en todo tiempo líneas divergentes de los cálculos del mundo!

Terminado el asunto principal, que había sido la causa del viaje de la Fundadora, no había de hacer su vuelta a Salamanca sin aprovechar la mejor parte del día en inquirir minuciosamente sobre la marcha de las cosas en el convento; y ya que sentía en esa y todas sus fundaciones las vehemencias más santas, los entusiasmos más fervorosos, hubiérasele hecho imposible dejar aquel redil tan amable sin admirar y sentir con todas sus hijas los grandes progresos realizados. Un detalle era para Teresa de Jesús un libro abierto, una revelación, y allí donde podía vislumbrar irse relajando los lazos de unión y de espíritu de que ella misma hallábase investida, veíase pronto, fácil y suave el remedio, que en estos achaques era maestra inspirada. Por su parte, las religiosas de estos conventos noveles recibíanla como a bendición del Cielo: para todas tenía palabras de alivio, expresiones de consuelo; sobre que todas sabían ser la Madre el mejor sostén de esas nuevas fundaciones. ¡Admi-

rable mujer y maravillosa perspicacia y poder el de su persona! Un ángel ponía mano en sus empresas y allanaba el camino de sus pasos en la tierra, pasos de cíclope, para mayor contraste, en la debilidad y delicadeza femeninas. De ella había dicho con exactitud no sospechada una monja de la fundación de Segovia: pobre de Cristo, con la alcancia cuasi presta; sin mirar, ve, sin escuchar, oye, entiende mucho y sufre y disimula mejor; alcance de halcón en mirada de tórtola.

Y ya tenemos a nuestras dos monjitas de vuelta para Salamanca por el camino que nos es bien conocido. El menos observador echara de ver a tiro de ballesta que no es la confianza o mutua sinceridad la que más se manifiesta entre ellas: ¿Qué elemento allegadizo, qué muro de hielo se interpone? Sin que juzguemos de ligero, algo había en la compañera de la Santa que le hacía temer el retorno, algo presentía que la obligaba a concentrar el pensamiento en sí misma, esquivando las miradas de la Fundadora. Por las trazas, el viaje prometía los mismos accidentes del anterior, el mismo enojoso embarazo, idéntico mutismo y reserva, que parecía estudiada en la Madre. ¡Cosa más extraña! ¡Ella que de ordinario era abundante y donairoso en el hablar, ahora tan callada! Pero bien pronto hubo de convencerse de que la Madre, que no era partidaria de situaciones medias dudosas, muy luego había de disipar aquellas nieblas, despejar aquel estado tan embarazoso y violento. La Santa no dejó de notar la turbación y dificultades de su acompañante, y sin dar tiempo a que la joven declarara sus pensamientos, con una actitud que traía a la memoria algo del abandono confiado e ingenuo de una niña y un poco también de la majestad hierática de una reina, con una mirada que despedía destellos irresistibles, púsola entrambos brazos al cuello, la acercó a sí suavemente, dulcemente y mirad, dijo: ¡miradme!... ¡así!... ¡así!... ¡más!... ¡más!... Las dos miradas se encontraron, pero Sor María no pudo aguantar la fuerza de expresión tan soberana que fulguró en la mirada de la Santa y dejó caer la cabeza sobre el corazón aquel tan ardiente que palpitaba con violencia, sintiendo ella a la vez el tacto suave y templado de los labios de Teresa de Jesús que se posaban en su frente. Por un buen lapso de tiempo no les fué posible articular palabra: una emoción desconocida, indescriptible llenaba el pecho de la joven religiosa, emoción transfundida por la sublime actitud de la Madre: era la dinámica misteriosa, sutil e invisible de la santidad, obrando suave, pero energética, sobre ella como a través de hilos impalpables. En cuanto a la

Fundadora, avezada como estaba a las grandes conmociones y sacudidas del espíritu, sentíase una vez más obligada a represar sus sentimientos; pero, es bien sabido, no hay como la represión del sentimiento nada que así detenga la lengua en sus pláticas. Y cuando la lengua enmudece, suele el sentimiento brotar en hilo continuado de lágrimas... Lloró, sí, lloró también copiosamente la Santa, presa de honda emoción, al sentir en aquel momento tan grave el reverter abundante de la gracia de Dios de los términos de su medida...

Ya que la Santa se hubo repuesto un tanto, estrechó más fuertemente contra sí a Sor María, como para hacerla sentir los ardorosos anhelos de que ella misma hallábase poseída, y le dijo en un tono que jamás hubiera sospechado la joven religiosa: hija mía, tengo experiencia propia y ajena de que el ánimo que se encastilla en sus pensamientos, envuelta en ellos como en torbellino, si no tiene el valor de manifestarse al confesor o superior, eso le aceda el ánimo sin medro para las cosas de Dios, al modo que acedan la lengua y paladar las frutas agraces; está en vías de su perdición y ruina, sin que pueda hallar el goce suave de los gustos apacibles que nacen de la paz interior y sosiego del claustro. También yo, hija mía, siendo muy moza, fuí dada a imaginaciones de libros de caballería, que era el disbarate, a las cuales me rendí harto, así como a la vanidad de razones y puntos del mundo, hasta que hube experimentado que, juntar estos enredos con la religiosidad, yerro es y no se compadecen. Y luego, luego algunas hay ¡y cuáles andan de turbadas! que en sus vanos pensamientos quieren acordar y casar los mayores desatinos. ¡Cuitadas! piensan en las galas y traje de desposadas... sin galán... sin amor... A las veces se imaginan cortesanías, seguidas de galanteadores... cautivos de su querer... apuestos, muy galanes, muy amantes... en fin, ya véis, hija: nonadas, burbujas en el agua, castillos en el aire...

.....

La pobre Sor María no pudo más; el sentido de profunda convicción que puso la Madre en este que parecía soliloquio y que, sin embargo, a la joven iba enderezado, llegó a ésta al alma de forma que, desprendiéndose de los brazos de la Santa, se prosternó a sus pies, abrazándose a ellos y diciendo con la contrición de una vitanda: yo soy esa, yo soy esa, deshaciéndose en un mar de lágrimas. La Santa alzó del suelo a Sor María y estampó otro beso prolongado en su frente diciéndole: eso es nada, hija, eso es nada, y solo muestra ser la senda de la virtud muy angosta y poco pasa-

jera. Ninguna madre en el mundo ha puesto en sus caricias y amor a sus hijos el ardor y la vehemencia amorosa que Santa Teresa puso en sus demostraciones a aquella novel religiosa.

Esta, por su parte, se vió de todo en todo cambiada: cuando sintió en el fondo de su alma el roce misterioso de la sonda que tirara la Madre y el abrirse de los pliegues de su conciencia ante el escrutinio insistente de la Santa, acompañado de vislumbres para ella hasta entonces desconocidos, pero que también sacaban a la superficie los bajos fondos de su espíritu, fué, sin sospecharlo, presa de una emoción fatigosa que muy mucho se parecía al escalofrío punzante, penetrante, propio de las más hondas conmociones en la vida. El trueque lo había hecho, como por virtud mágica, el último abrazo de la Fundadora. Jamás pudo Sor María darse explicación satisfactoria del caso si no es que la santidad tiene a veces ojos de lince para deletrear en los senos del alma o impulso y poder incontrastables sobre el corazón, como, asimismo, que, siendo ella tan para poco y pusilámene, no sintiera, en el grado que había temido, el desfallecimiento del viaje ni ese indefinible desasosiego que en las salidas al siglo turba siempre las almas claustrales.

De retorno a la Ciudad, y a su entrada en ella, oyeron nuestras religiosas las campanas que saludaban a la Virgen trayendo a todos los labios los dulces acentos del ¡Angelus!...

—Gracias sean hechas a Dios, dijo Santa Teresa, dador pródigo y misericordioso de todos los dones, por habernos otorgado, sin merecerlo, un viaje y retorno faustos y provechosos. ¿Os sentis cansada, hija? Juzgo que no, continuó la Madre, pues bien parece de vuestros pies que son más livianos cuanto más caminan.

—Eso creyera yo de V.^a R.^a por el ánimo que manifiesta.

—Mas yo llevo sobre mis hombros muchos años, que son carga doblada y peso muy grave.

—¿Y qué era aquello, Madre, que decíais de las dos corderas?

—Nada... no, contestó, y, mirando amable y sonriente a su interlocutora, prosiguió: éranse dos corderitas modorras que resistíanse a la voz dulce de su Pastor, de las cuales una, que es usencia, ha escuchado su llamamiento y se ha rendido; Sor Rosalía... Rosalía... ¡ah! dejad a los muertos que den tierra a los muertos!...

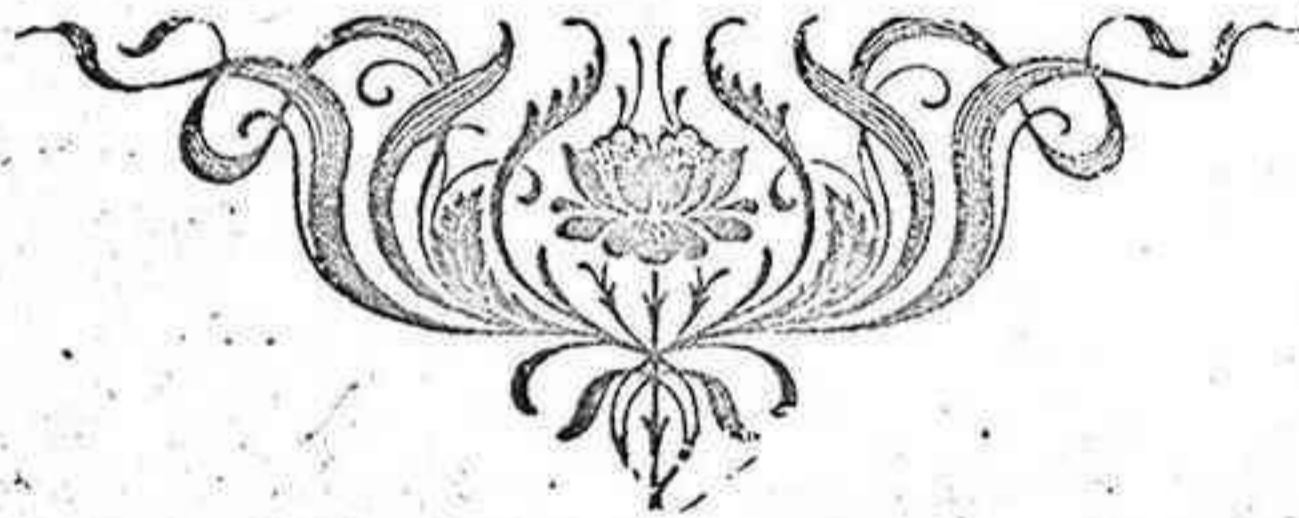
De Sor María consta haber sido en adelante fervorosa auxiliar y de las más leales y devotas de la persona de la Santa.

Rosalía Girón fué, tan luego como la Fundadora salió de Alba, restituída al seno de su ilustre familia. A cosa de dos años se supo

que el caballero que la cortejaba y requería de amores había sido herido y muerto en una calle de la ciudad de Zamora. ¡Y era el quinto galán que moría o se dejaba matar por aquella singular mujer!

Damián MORALES.

Septiembre 2-916.





CUENTOS SALMANTINOS

TOLÍN



ANTOLÍN, más conocido en el pueblo por *Tolín*, era, efectivamente, el chico más travieso de todos aquellos contornos. Bastáranos para convencernos de ello, hablar con el tío *Galindo*, y éste nos diría que «*escomenzando* la época de los peros, temía más a *Tolín*, que a un pedrisco».

Y si consultáramos al sexo débil... ¡Dios santo!..., apenas había corro de mujeres donde por fas o por nefas no recayera la conversación sobre el pobre *Tolín*, a quien presentaban con las siguientes gráficas frases:— Si es *condenao*—exclamaba una—*na*, hijas, que no siendo la *mesma* piel del diablo, no se explica cómo *pue* haber criaturas tan así.— *Pus mira*—replicaba otra—como su tía *Filomena* se guíe de mis consejos, yo vos aseguro que *mua* el correal y *mu pronto se anmienda*. La dije, no sirve andar con contemplaciones. *Ca vez* que sepas de alguna *judiá*, *zúrrale bien la pavana*.— Hicistes bien—contestó otra—que le recorra el tejao *amenúo*, con un buen tronco de encina, que yo oí a un Padre Misionero, que *pa* que los *muchachos* salgan bien *criaos* es necesario castigarlos.—¿Pero a quién se parecerá? es lo que yo digo—replicó la última del corro. Porque sus padres, que de Dios gocen, eran unos benditos... ¡Jesús, Jesús! y qué criaturas...

¿A qué más? Si hubiera existido algún ser privilegiado, como aquel de la fábula, a quien se le hubiera concedido el dón singular de entender el lenguaje de los animales, habría sorprendido más de una vez, a perros, gatos y hasta las indefensas e inofensivas gallinas, aprobar las conclusiones de los racionales, y reunidos en Congreso, declarar a *Tolín* su mayor enemigo.

Es preciso confesar que los consejitos de aquellas comadres

eran ejecutados con demasiada realidad y no sólo por quienes tuvieran alguna autoridad, sino hasta por cualquier mentecato que no habiendo salido el sol para él bien aquella mañana, echaba el mal humor descargando unos *mamporros* sobre el pobre *Tolín*, que era siempre materia apta para recoger esta clase de desahogos.

¡Pobre *Tolín*! Tenía once años, y hacía siete que había perdido a su padre y cinco a su madre... y con ella había perdido también la mejor escuela, según frase de Michelet. Al desgraciado *Tolín* le faltaba cariño... y pese a las doctoras, sólo con el miedo no mudaría nunca...

II

Empezó a regentar aquella parroquia un sacerdote amante y entusiasta de los pequeñuelos: su alma de niño y entusiasmo de apóstol, hacían que siempre fuera rodeado de un enjambre de chiquillería, a la que atraía por sus prendas de carácter verdaderamente excepcionales y por ser un saco roto tocante a regalar, esas cosinas de que hacen tanto aprecio los niños. Todos iban al Rosario y Catequesis... todos menos *Tolín*, ave sin nido, tímido y hueraño, receloso de recibir alguna galleta y no de la marca *Olivet*. Parecíale que en todas partes estorbaba y no quería más compañeros que su tirador, instrumento de tantas travesuras.

El señor cura empezó a hacerse el encontradizo con *Tolín* y hoy una palmadita, otro una estampa, después una medalla, y a las pocas de cambio empezó a besar respetuoso la mano al señor cura y acudir a la catequesis. ¡Ya había quien le quería! Y en los ojos se podía leer el agradecimiento que pudiéramos traducir en esta frase: «Yo quitaré los peros al tío Galindo y las nueces al tío Herrero y tiraré cantazos al perro del tío Sastre, pero al señor Cura no le hago na malo, porque me quiere».

Una nueva impresión le aguardaba. El Sr. Cura le había comunicado que si en ocho días no tenía noticia desagradable de su conducta, sería monaguillo y el próximo domingo ayudaría a misa mayor.

¡Y que no era nada lo del ojo! Ser monaguillo... él, *Tolín*... psch, y había que pensarlo... por una parte aprender en ocho días el *orates fratres* que dicen que es más malo que tomar botica y *aluego* no dar un cantazo al perro del tío Ñaña, que en *cuantis* me ve, se pone más sinvergüenza... y vaya, yo al Sr. Cura le digo que sí a todo, más que me mande tirarme a un pozo...

Llegó el domingo y *Tolín* de tiros largos apareció en el altar, ayudando a misa... Y como no hay cosa en la vida que no se pres- te a cierta malhadada crítica., ¡¡Por Dios!!—decía al salir de la iglesia, una de las mujeres que nos presentaron a nuestro protago- nista.—Hijas yo no he *podío* oír misa con devoción.—Dios me per- done. Me se figura y se lo pienso decir al Cura, que con ese *crío* en la *iglesia* algún día tenemos a San Josafat más *escalabrao* que cuando se lo hicieron de verda...

Se equivocaba la señá Getrudes.

Tolín era ya bueno. Se confirmaba la sana y penosa doctrina del Sr. Cura. Amad a vuestros niños—solía repetir. Es verdad; *qui parcit virgae, odit filium suum*; pero el castigo ha de ser medio de corrección, nunca desahogo de vuestra ira.

El amor y el temor serán los educadores de la niñez.

.....

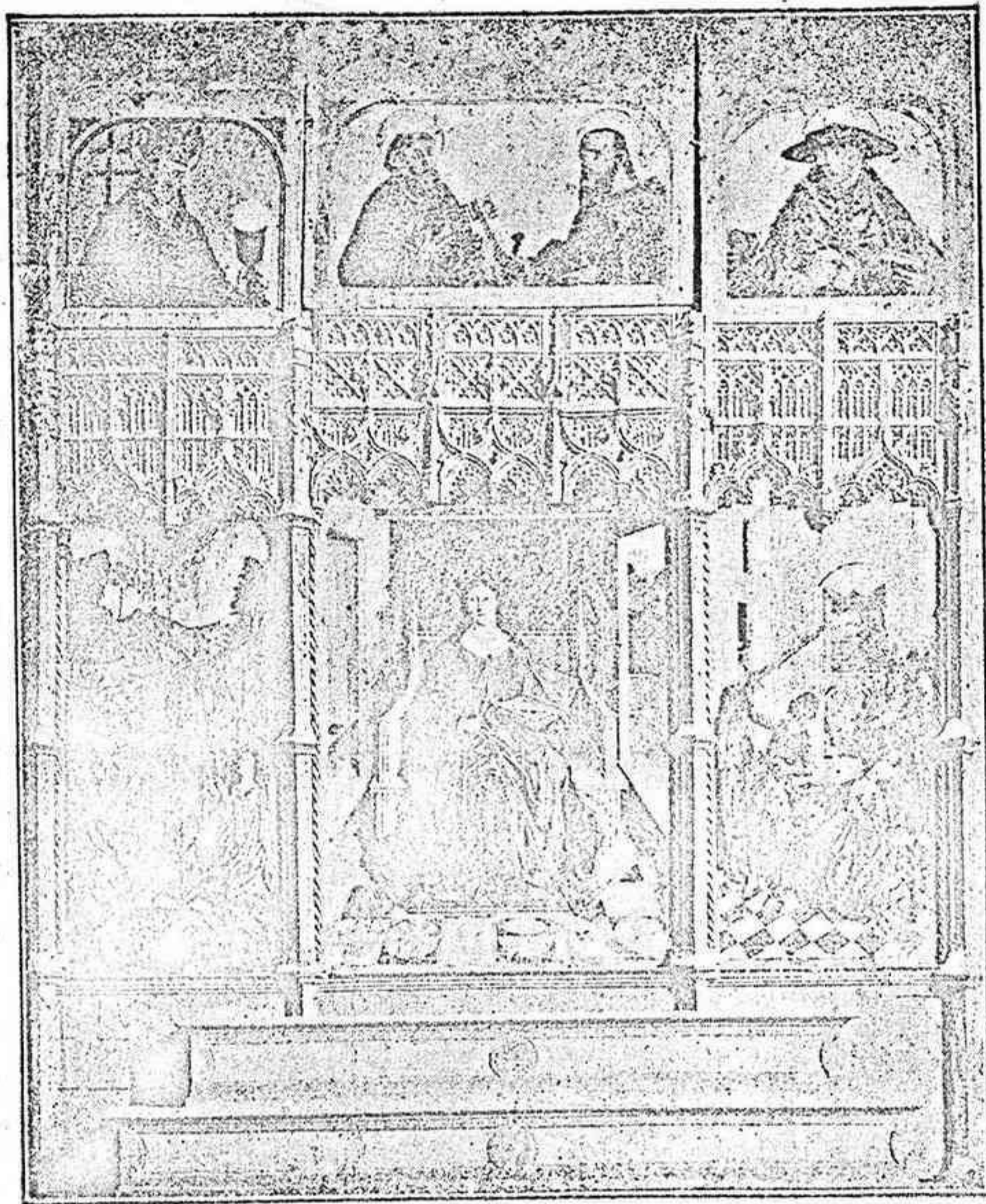
Efectivamente, *Tolín* era ya muy otro. El cariño le había trans- formado. Pruebas contundentes eran que al tío Galindo ya no le preocupaba *Tolín*, y ya no huían y ladraban los perros, sino más bien le acariciaban y a las veces parecía que se inclinaban en señal de respetuoso saludo.

F. G. T.



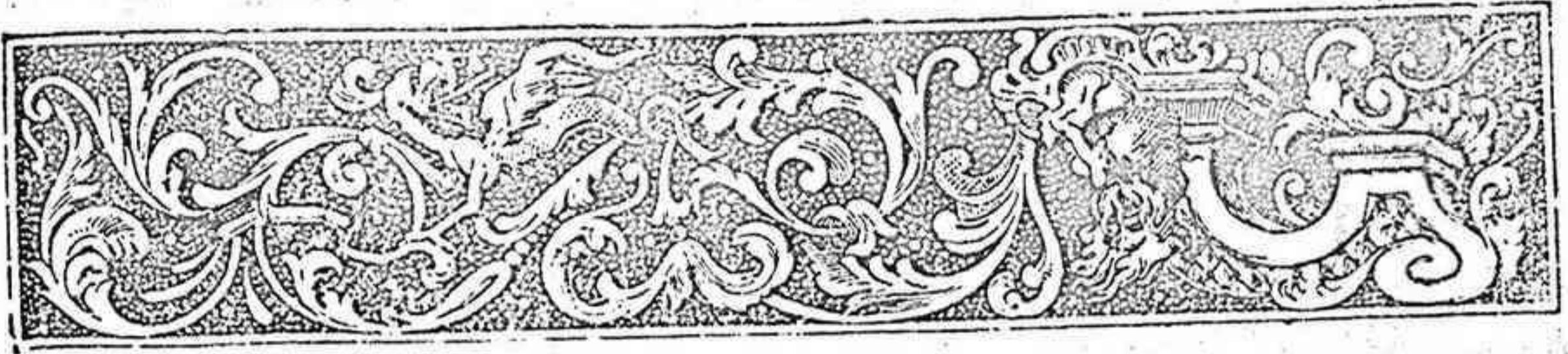
NOTAS DE ARTE

UN GALLEGOS INÉDITO



TRÍPTICO DE SANTA CATALINA ATRIBUIDO A FERNANDO GALLEGOS
(CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA)

Recientísimas investigaciones hechas en el Archivo Catedral atribuyen este retablo a *Francisco Gallegos*. El autor de este descubrimiento, don Ricardo Espinosa, publicará en el número próximo un artículo dando cuenta de los resultados de su investigación.



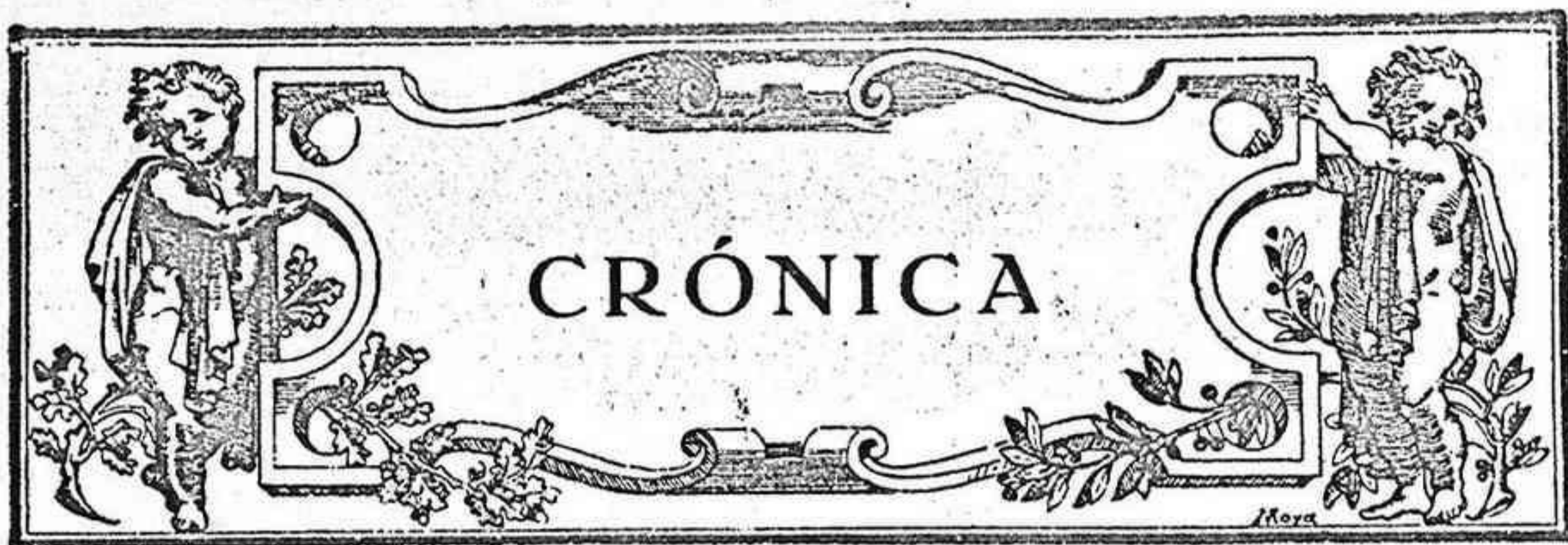
LETRAS CLASICAS

PASTORAL

Suelta mi manso, m̄ayoral extraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro:
Suelta la prenda que en el alma adoro,
Perdida por tu bien y por mi daño.
Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro:
Toma en albricias este blanco toro
Que a las primeras yerbas cumple un año.
Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, encrespado y los ojuelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.
Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
Suelta y verásle si a mi choza viene;
Que aún tienen sal las manos de su dueño.

Lope DE VEGA.





Nuestro corresponsal en Alba. Se ha encargado de la corresponsalía de esta Revista en Alba de Tormes, el ilustrado médico y piadoso caballero D. Fulgencio Salinero. El nos comunicará desde hoy todo lo notable que ocurra en la villa ducal y que se relacione con nuestra Santa.

Fiestas de la Transverberación en Alba.—Solemnes han sido los cultos que se han tributado al corazón transverberado de Santa Teresa de Jesús en la iglesia de Carmelitas descalzas de esta villa. El día 26, a las seis de la tarde, hubo rosario cantado, saliendo de la iglesia de San Juan, asistiendo la Asociación de Teresianas, costumbre renovada este año, con gran contento de los devotos de la Santa. Se expuso el Corazón seráfico, cantando una solemne salve. Los días 27, 28 y 29 se celebraron misas solemnes con exposición del Santísimo Sacramento, y por las tardes, después del rosario, ejercicio del tríduo y exposición del Santo Corazón, ocupó la sagrada cátedra el R. P. Sabino de Jesús, joven carmelita, que estuvo los tres días elocuentísimo cantando las glorias de su Madre con el amor de verdadero hijo.

En las próximas fiestas de Octubre la imagen de Santa Teresa estrenará el hábito y capa bordados de oro y perlas en Valencia. Se han tenido que hacer algunas obras en la portería del convento para poder sacar a la Santa.

Las fiestas de Octubre en Alba.—Programa de las fiestas religiosas que el Excmo. Ayuntamiento y la devota e ilustre Hermandad, con la cooperación de los Carmelitas de Alba de Tormes, preparan para celebrarlas durante el Octavario del próximo mes de Octubre, en honor de la Santa genuinamente española y graciosa virgen castellana, que enhechiza los corazones, Santa Teresa de Jesús.

Fiestas religiosas.— El día 14, a las nueve de la mañana, sale en procesión la bonita imagen de la Santa, desde el convento a la iglesia templo Basílica.

Por la tarde, a las cinco, da comienzo en la misma iglesia el solemne novenario.

Todos los días de la Octava habrá misas solemnes con sermones panegíricos de la Santa, el 15, 18 y 22, y Pontificarán los Prelados que asistan.

La música y canto estará a cargo de los PP. Carmelitas de esta villa y de las Capillas de música del Seminario y de la Catedral de Salamanca

Los días de la Santa y de la Octava habrá solemnes procesiones con la imagen de la Santa, la reliquia del Santo Brazo y los estandartes regalos de los centenarios de la muerte, beatificación y nacimiento de la Santa.

Cantará las glorias y virtudes de la Santa, el orador sagrado elocuentísimo reverendo P. José Valle, jesuita, de la residencia de Gijón.

— — —

Fiestas de la Virgen del Rosario en Salamanca: A la Reina del Santísimo Rosario en el año setecientos de la fundación de la Orden de Santo Domingo, los religiosos y socios del Rosario de San Esteban de Salamanca. - *Novena del Rosario.* Comenzará el día 22 de Septiembre. Mañana: A las seis y a las ocho, durante la misa, se rezará el rosario y la novena. A las siete y media (a excepción del 24, que será a las nueve y cuarto), misa solemne de minerva.

Tarde: A las seis exposición de S. D. M., estación, rosario, letanía cantada, ejercicio de la novena, sermón, reserva y cánticos a la Virgen.

Predicará los nueve días y hará la reserva el dignísimo clero parroquial por el orden siguiente:

Día 1.º, Parroquia de San Martín; 2.º de San Juan de Sahagún; 3.º, de Nuestra Señora del Carmen; 4.º, de San Pablo; 5.º, de San Juan Bautista; 6.º, de la Santísima Trinidad; 7.º, de Sancti-Spíritus; 8.º, de la Catedral; 9.º, de la Purísima Concepción.

Jubileo del Rosario. - Desde las doce del día 30 de Septiembre hasta las doce de la noche del 1 de Octubre, todos los fieles pueden ganar tantas indulgencias plenarias cuantas visitas hicieren al altar o imagen de Nuestra Señora del Rosario en esta iglesia de San Esteban, rogando en cada visita por las intenciones del Sumo Pontífice. La confesión para ganar el Jubileo se puede hacer desde el jueves anterior.

Mes del Rosario. - Día 1 de Octubre, fiesta principal. Mañana: A las siete y media, misa de comunión general que celebrará el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis. A las diez, misa solemne con exposición de S. D. M. y sermón.

Tarde: A las cuatro y media, estación, rosario y bendición con el Santísimo. Acto seguido, organizada la procesión del Rosario, recorrerá la calle de San Pablo, plaza Mayor y calles de Quintana, Rua y Palominos. Después será la majestuosa subida de la Virgen a su camarín.

Se suplica al vecindario de las calles y plazas expresadas que se dignen adornar sus casas para mayor esplendor de la procesión.

Día 2 y siguientes: En los días de trabajo, la misa de minerva a las siete y media; el ejercicio de la tarde a las seis menos cuarto. En los días festivos, la misa solemne a las nueve; los cultos de la tarde, con sermón, a las cinco.

— — —

Al pueblo católico salmantino. Recordar en la ciudad del Tormes las solemnidades y cultos que tienen por objeto la gloria de la Madre de Dios bajo la dulcísima advocación del Santísimo Rosario, no es para sus cristianos moradores ninguna novedad. Lo que sus admirables Catedrales en la vida religiosa, su Universalidad gloriosísima en la vida del saber, sus aún preciosas joyas monumentales en las artes; eso mismo fueron siempre para cuantos tienen sus solares en la católica Salamanca las fiestas que tienen por fin honrar a la Virgen del Santísimo Rosario.

Parte muy importante y vital de sus cristianas tradiciones consideró siempre

estos cultos, cuyo esplendor procuraban todas las capas sociales, uniéndose cual se unen los hijos de una misma familia para honrar a su venturosa madre. Sostenen, pues, estas fiestas que proclaman las glorias del Santísimo Rosario, vale tanto como sostener el alma misma de Salamanca; tocar en lo más delicado de sus cristianos sentimientos; contemplar el origen de sus más puras y esclarecidas glorias; adivinar los fundamentos de esa incomparable familia modelo de hogares cristianos, que se dice familia salmantina, es volver al goce puro de aquellos días venturosos en que todos los salmantinos, semejando una sola familia, invocaban a su única y verdadera Madre celebrando las glorias de la Virgen del Rosario.

Todos debemos interesarnos en sostener con gloria, y si es posible acrecentar, ese honrosísimo caudal de tradición salmantina. Pero es de indispensable necesidad que todos también se apresten a contribuir con su asistencia religiosa y con sus generosas limosnas al mayor realce y esplendor de estos días para que no se hagan esperar los frutos de bendición que nuestros antepasados recibieran de la Santísima Virgen del Rosario. ¿Quién no sabe que no hay otros medios de sufragar los múltiples gastos que el óbolo del alma sinceramente cristiana?

La Santísima Virgen devolverá con creces sobre la ciudad de Salamanca la gloria y sacrificios que sus hijos se impongan honrando a su Madre, fuente de sus preciadas glorias.

Por eso encarecidamente suplicamos a todas las familias amantes de la Santísima Virgen procuren, en presencia de las especiales circunstancias que rodean a nuestra querida España, ante el peligro que se presenta sobre nuestras familias, acudir fervorosos, durante la novena y mes de Octubre, a implorar especiales auxilios que alejen de nuestras casas el azote que nos amenaza.

Nuestras oraciones, nuestras limosnas, nuestras mortificaciones, frecuencia de Sacramentos, todo debemos ofrecerlo ante el altar de la Santísima Virgen del Rosario; a la cual acudieron nuestros antepasados en todos sus peligros, y de ella espera España y la Iglesia disipe la tempestad que nos amenaza, y devuelva la paz tan deseada a nuestra Europa.

~ ~ ~

Peticiones de los meses Julio y Agosto y visitas hechas a Santa Teresa. — De la tierra vasca, de las viejas tradiciones españolas, vengo a la patria de mi Virgen castellana, la ofrezco por mis amores, por Dios, por la patria y por mi Rey. — *C. L. Landero*, Redactor de la *Gaceta del Norte*.

Santa Teresa: que sea muy devota tuya y que me dé mucha perseverancia de lo que deseo. — *Esperanza Rodero*.

Francisco Hernández. — Francisco S. S. García.

Santa Teresa: Hágame bueno. — *Fernando Rueda*.

Santa Teresa bendita: Salva a España. — *Moisés Díaz Conejo*.

Lucía Bruno. — María Rolán. — María Redondo. — Concha Redondo. — Pedro Poveda. — Antonio Martín. — Josefa Segovia. — Eulalia García. — Mariana Ruíz. — Julio Vallador.

Serafín del cielo, — Quien creyera que naciese, — Entre la nieve de Enero, — ¡Serafín tan abrasado, — Prodigio raro estupendo! — Que reformaste al Carmelo, — Al pueblo albense salvado, — A devotos desde el cielo. — *Fr. Antonio de J. M. y José*.

Visité a la Santa el 17 de Julio de 1916. — *Ramón Rodilla*.

Visité a la Santa. — *Nieves Pérez*.

Visité a la Santa el 16 de Julio de 1916. — *Francisco Barés Vicente*.

No permitas, Santa mía, que España salga de la neutralidad.—*Victoriano González Cid*.

El Párroco de Crespos (Ávila), Amador Sánchez.—Fr. Carlos de la Virgen del Carmen.—Marquesa Villagimea.—R. Moyano (Ávila).

Al evocar el recuerdo de la insigne española y simpática Santa Teresa, hago fervientes votos al cielo por la difusión del espíritu fuera del claustro.—*M. de A. Rédenas*, Beneficiado de la S. I. M. vallisoletana.

Marqués de la Guardia.

No permitas que caigamos en pecado mortal.—*Margarita Treste*.

Antes morir que pecar.—*Severino Zabala*.

Nuestra Santa: Extiende por España y por el mundo tu espíritu, conserva el fervor en tus hijos y a mí inflámame en el que te encendió.—*Rodolfo Cenón*.

Concédeme, gloriosa Santa, que después de pasar de este mundo al otro, entre a gozar para siempre de Jesús allá en el cielo.—*Jesús Lozano*.

Santa bendifo: te pido salud para mi marido.—*Rosario Vaviola*.

Salud te pido, Santa bendita, para mi papá.—*Clarita*.

Victoria Armengú.

Madre y Santa mía, al postrarme por primera vez ante tu sepulcro, después de pedirte ser digno hijo tuyo, en el sacrificio, te consagro lo mejor que anida mi corazón. Tu colegio teresiano de la Bética: Bendícele; bendice a tus hijas de esta casa y al último de tus esclavos.—*Fr. Gracián de la Madre de Dios, S. C. D.*

Que Santa Teresa nos proteja en el camino.—*Luis de la Fuente*.

Por todas mis intenciones, Santa bendita, te ruego intercedas, y aunque yo me olvide de pedirte, no te olvides de tu devota.—*Mercedes Charot de Maza*.

Leonor Gragera.—Consuelo Gragera.—Eduardo Mazo.

Pido a la Santa me dé prosperidad en el comercio y salud a toda mi familia.—*Manuel Benitez*.

Te pido, Santa bendita, me concedas lo que te pido.—*María Bernarda Laura de Soto*.

Santa bendita: hazme buena religiosa y bendice mi Comunidad.—*Sor María Milagro*.

Santa mía: os pido por el Divino Corazón de Jesús la aprobación y santificación de mis hermanas.—*Sor Pilar*, amante de Jesús.

Ramón Alonso Cortés, Félix Sandoval.—Emiliano Velano.—Luisa C. Darimendi.—Fernando Martínez.

Una chispita de amor te pide el menor de tus hijos. ¡Madre mía Santa Teresa! —*Fr. Agustín de Santa Teresa*.

Santa bendita: protéjenos en esta vida y dame una buena muerte.—*Ana de la Puente*.

Santa, concede a mi familia el bienestar.—*Alfonso Sánchez Rico*.

Carmen Sánchez—Petra de la Calle.—Remedios Pascual.—Rosa Pascual.

Madre, la suplico me conceda del Señor su amor y su gracia y la paz del alma y no cometa pecado mortal ni venial, deliberadamente y lo mismo para mi hija.

—*Aniana de Reyes*.

Santa Teresa de Jesús, concédeme para mi madre y para mi salud espiritual y corporal y a. l. g. p.º v. bien m. mi m. y; y. sin t. p. tra y. s. en l. s. de e. o. m.—*Manolita S. y Rojas*.

Eusebia López.—Jaime Rigan.—José Comilla.—Fernando de la Puente.—Pura González.—Ana Lanuza.—José Carrero.—Carmen Sánchez.

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA EN ALBA DE TORMES ⁽¹⁾

	<i>Pesetas</i>	<i>Cts.</i>
<i>Suma anterior..</i>	15.885	85
Excmo. Sr. Conde de Cerragería.....	2.000	»
Señorita Doña María Jesús de Ansótegui, de Bilbao.....	25	»
Doña María Concepción de Ansótegui, de Rochelt.....	15	»
» Rogelia de Urigüen, Viuda de Escalante, Santander..	15	»
Don Vicente de Urigüen, Bilbao.	15	»
TOTAL.....	17.955	85

(1) Se reciben en el Palacio episcopal, oficinas de Secretaría.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.